

**Milligan, I. (2022). *The transformation of historical research in the digital age*. Cambridge University Press.**

Luis de Pablo Hammeken  
Centro de Enseñanza para Extranjeros  
lhammeken@cepe.unam.mx

*The transformation of historical research in the digital age* (*La transformación de la investigación histórica en la era digital*) es un texto breve –su autor lo describe como micro monografía– escrito por Ian Milligan y publicado como parte de la colección *Elements of Historical Theory and Practice*, de la Universidad de Cambridge. No se trata de un libro en el sentido tradicional de la palabra, pues, al igual que otros títulos de la colección, no fue concebido para ser impreso en papel, sino difundido en formato digital. De este modo, el texto en sí viene a constituir un ejemplo de la transformación que él mismo describe.

Milligan, quien es profesor de Historia y vicepresidente asociado de la Universidad de Waterloo (Ontario, Canadá), empezó a adquirir fama como historiador al estudiar los movimientos de izquierda juveniles en el Canadá de habla inglesa en la década de los sesenta, pero poco después empezó a interesarse en la manera en que el uso del Internet y los recursos digitales han alterado, en los últimos años, la práctica de la investigación historiográfica a nivel global. Los resultados de su análisis aparecieron en *History in the age of abundance* (Milligan, 2019). El texto que se reseña aquí es una versión resumida y actualizada de dicho libro. En mi opinión, *The transformation of historical research in the digital age* cumple perfectamente el propósito de la colección a la que pertenece, a saber: plantear debates teóricos, éticos y filosóficos en términos comprensibles para estudiantes, profesores, investigadores y personas interesadas en nuestra relación con el pasado (p.78). El lenguaje que usa es sencillo, su argumentación es clara y sus conclusiones resultan, desde mi punto de vista, muy convincentes. Sus referencias a otros autores son abundantes, pero no entorpecen la fluidez del argumento. Aunque han aparecido desde hace algunos años otros trabajos que han reflexionado sobre la misma problemática (e. g. Hitchcock, 2013), este resulta relevante y original por la simplicidad de su estilo y por la claridad y contundencia de su argumento.

El objetivo explícito del texto es “equipar a los historiadores para ser practicantes conscientes (*self-conscious practitioners*) de la era digital” (p. 6). No se trata,

pues, de un mero relato de la transformación ocurrida en las últimas décadas en la práctica de la investigación histórica ni tampoco de un manual para realizar dicha investigación en la época del Internet y los recursos digitales. La propuesta del autor es, más bien, que quienes se dedican al estudio de la historia y que emplean estos recursos (que, según afirma, son *todos* los historiadores del mundo hoy en día) se hagan conscientes de cómo lo hacen y lo hagan explícito en los trabajos que producen.

A primera vista, dicho ejercicio de autoconciencia podría parecer innecesario; después de todo, como lo afirma el mismo Milligan, todo el mundo recurre a bases de datos, archivos y bibliotecas digitales; ¿para qué entonces señalarlo o siquiera detenerse a pensar en ello? La respuesta que ofrece el autor tiene que ver con las características de la Revolución Digital, las cuales han resultado en una profunda desigualdad en el acceso a dichos recursos. Dependiendo del país en el que viva, de la universidad a la que esté adscrita y de las bases de datos cuya suscripción se pueda pagar, cada persona que se dedique a la investigación puede acceder a ciertas fuentes y no a otras, lo cual, necesariamente, influirá en su interpretación del hecho histórico que esté estudiando.

En el primer capítulo, titulado “Bibliotecas y bases de datos”, el autor se remonta a la década de 1930 para explicar cómo la tecnología fotográfica de esa época permitió que millones de documentos, preservados en bibliotecas y archivos de todo el mundo, fueran trasladados a microfilmes, lo cual mejoró considerablemente las posibilidades de su conservación y consulta. A continuación describe las campañas masivas de digitalización de periódicos y otros documentos, las cuales empezaron en la década de 1990 (Milligan las califica de “intensas”) y dieron como resultado la aparición de gigantescas bases de datos, de acceso muy amplio, aunque no universal ni gratuito. Estas bases sustituyeron rápidamente a las bibliotecas y hemerotecas como principal herramienta de búsqueda para quienes se dedicaban a la academia en distintas disciplinas, transformación que puede compararse con la invención del microfilme, pero su impacto, sostiene Milligan, puede ser mucho mayor.

Como conclusión de esta sección, el autor invita a preguntarse cuáles documentos han sido digitalizados y cuáles no, a qué se debe dicha distinción y, sobre todo, cómo afecta esto a la investigación académica. Aunque no ofrece una respuesta explícita a dichas preguntas, sí deja en claro que el proceso de digitalización masiva, pero selectiva, determina en buena medida y de forma exponencial las fuentes primarias que emplean los historiadores, y, en consecuencia, los resultados de sus investigaciones. “Tenemos que ser conscientes y entender cómo se construyen nuestras publicaciones y discusiones, no sólo en términos de

contenido y argumento, sino de mediación. Y, una vez que lo hayamos entendido, tenemos que escribir al respecto en nuestros trabajos” (p. 29).

El segundo capítulo, “Archivos y acceso”, analiza la forma en que el cambio tecnológico ha transformado la relación entre las personas que estudian la historia y los archivos. Según explica el autor, los investigadores dedican cada vez menos tiempo a visitar y recorrer de manera presencial bibliotecas y archivos históricos, y cada vez más a explorar repositorios digitales desde sus computadoras. Esto tiene la indudable ventaja de reducir los costos de los viajes, que constituían, durante años y acaso siglos, una parte central del quehacer de los historiadores; pero también ocasiona problemas nuevos. La selección y el análisis de fuentes históricas, primarias y secundarias, ha estado mediada siempre por elementos externos, que van desde los problemas de conservación de documentos antiguos hasta los caprichos de bibliotecarios y archivistas; sin embargo, hasta hace poco, dicha mediación era bastante transparente para quienes hacían “trabajo de archivo”. Los investigadores de la era digital, sospecha Milligan, tienden a entender menos que sus antecesores la forma en que se construye el acervo de un archivo, sus sesgos y sus limitaciones. La lógica del algoritmo resulta, para la mayoría de los historiadores, mucho más oscura que las acciones humanas. Al no entender la mediación, los investigadores tienden a dar por hecho, de forma casi inconsciente, el carácter universal de los repositorios digitales, un error que, al reproducirse con el paso de los años, puede traer consecuencias graves para la construcción de nuestro conocimiento del pasado.

Pongamos un ejemplo sencillo. Digamos que, por alguna razón, un periódico (llamémosle *A*) de una época determinada se encuentra digitalizado y accesible para su consulta en una hemeroteca digital. Supongamos también que otra publicación (*B*) de la misma ciudad, de la misma época y de un tiraje similar, pero representante de una facción política contraria a *A* no está disponible en el mismo medio. Una persona dedicada a la investigación de dicho periodo histórico que use la hemeroteca referida podría llegar a la conclusión de que toda la opinión pública de la época está representada por el periódico *A* e ignorar por completo la relevancia del periódico *B*. Aunque pudiera parecer que este sería un error de principiante, hay estudios (Walsham, 2016) que argumentan, de forma muy convincente, que los historiadores tienden a tratar los archivos como reservas neutrales y no problemáticas de hechos históricos. En todo caso, los resultados de la investigación del ejemplo podrían iniciar un efecto de bola de nieve, por el cual un grupo considerable de estudiosos del periodo podrían replicar el error y terminar construyendo una “verdad histórica” sesgada, basada en una selección incompleta y arbitraria de fuentes.

En el tercer capítulo, “Publicar en la era digital”, el autor traslada su atención de la investigación misma a la difusión de los hallazgos. Y es que la forma en que los académicos intercambian entre sí y con el público lector los resultados de su trabajo es un elemento crucial en la construcción del conocimiento científico de cualquier tema y en cualquier disciplina. Según sostiene Milligan, la vertiginosa velocidad de los cambios en los medios de comunicación en años recientes no ha permitido a los académicos una reflexión suficientemente cuidadosa y profunda respecto al efecto que dichos cambios tendrán en la divulgación científica. El propio autor no sabe con certeza cuál será el efecto, pero sí sospecha que su magnitud será mayúscula.

En este asunto, como en los otros temas tratados en el texto, el autor evita emitir un juicio de valor. No cree que la Revolución Informática sea inherentemente buena o mala. Tampoco brinda consejos ni fórmulas que los historiadores deban seguir, ni durante el proceso de investigación y análisis, ni para la publicación o divulgación de sus hallazgos. Con una sola excepción: una y otra vez, a lo largo del texto, exhorta a los investigadores a volverse conscientes de sus propias prácticas, de modo que sean ellos mismos –y no un algoritmo o una empresa transnacional ajena a cualquier criterio académico– quienes tomen las decisiones relevantes.

En el último párrafo, pide a quienes leen su texto que, la próxima vez que tomen una cámara digital para fotografiar un documento en un archivo o que busquen un artículo en ProQuest o que publiquen un tuit sobre su investigación, hagan una pausa y reflexionen sobre lo que están haciendo; y no para que dejen de hacerlo o lo hagan de manera diferente, sino simplemente para que sean conscientes de sus acciones y del efecto de estas sobre su trabajo como historiadores.

En mi opinión, el argumento de Milligan es relevante no solo para las personas dedicadas a la investigación histórica, sino también para docentes, divulgadores e incluso para estudiantes de historia. Estoy convencido de que cobrar conciencia de las prácticas en que incurren los investigadores y de los sesgos metodológicos que estas prácticas pueden generar no sólo nos llevaría a producir conocimiento histórico de mayor calidad, sino también a transmitirlo y consumirlo de una mejor manera.

## BIBLIOGRAFÍA

- Hitchcock, T. (2013). Confronting the digital: or how academic history writing lost the plot. *Cultural and Social History*, 10(1), 9-23.
- Milligan, I. (2019). *History in the age of abundance*. McGill-Queen's University Press.
- Walsham, A. (2016). The social history of the archive: record-keeping in early modern Europe. *Past and Present*, (230), 9-48.